

## **Ensayo 10**

### **¡Toca plástico!**

Una de mis anécdotas favoritas (que sin duda es apócrifa, ¿por qué otra razón la recordaría si no?) es la de la herradura que estaba colgada de la pared sobre la mesa de trabajo del profesor Niels Bohr.

Un visitante se quedó mirándola asombrado, y por último no pudo por menos de exclamar: —Profesor Bohr, es usted uno de los más grandes científicos del mundo. ¿No me dirá usted que cree que ese objeto le traerá buena suerte?

—No, hombre —dijo Bohr sonriente—, por supuesto que no. Cómo voy a creer en esas tonterías. Pero es que me han dicho que me traerá buena suerte, lo crea o no.

Yo también tengo una simpática debilidad: tengo la manía de tocar madera. Si cuando digo algo me parece que me he mostrado demasiado suficiente o seguro de mi mismo, o que he alardeado demasiado de mi buena suerte, miro febrilmente a mi alrededor buscando algo de madera que tocar.

Por supuesto, ni por un momento me creo realmente que tocar madera mantendrá alejados a los celosos demonios que acechan al alma incauta que se jacta de su buena suerte sin haberse congraciado antes con los espíritus y demonios que gobiernan la buena y la mala suerte. Aun así... después de todo... ya saben... ahora que lo pienso... ¿qué se puede perder?

Por tanto, el hecho que la madera natural se utilice cada vez menos en la edificación, de manera que cada vez es más difícil encontrar madera en una emergencia, me hace sentirme un poco inquieto. En realidad, hasta es posible que hubiera acabado por tener una crisis nerviosa de no haber sido por un comentario casual hecho por un amigo mío.

Hace algún tiempo, dijo:

—Últimamente las cosas me van muy bien.

Después tocó el tablero de la mesa, y dijo tranquilamente:

— ¡Toca plástico!

¡Dios mío! Que me hablen a mí de súbitas iluminaciones. ¡Pues claro! Los espíritus también se adaptan al mundo moderno. Las viejas Dríades que vivían en los árboles y eran la causa que los bosques sagrados fueran sagrados, y a las que se remonta nuestra idea de tocar madera<sup>1</sup>, deben de sufrir un alto índice de paro ahora que más de la mitad de los bosques del mundo han sido reducidos a palillos para los dientes y periódicos. Sin duda en la

---

<sup>1</sup> Hay quien dice que tocar madera simboliza el gesto de tocar la verdadera Cruz, pero yo no me lo creo. Estoy seguro que esta costumbre es anterior al cristianismo.

actualidad viven en contenedores de plástico polimerizado y responden prestamente a la llamada de « ¡Toca plástico! ». Se la recomiendo a todos ustedes.

Pero tocar madera no es más que un ejemplo de este tipo de ideas, tan reconfortantes y tan capaces de producir una agradable sensación de seguridad que los hombres se aterran a ellas a la más mínima provocación e incluso sin mediar provocación alguna.

Los hombres se agarran como a un clavo ardiendo a cualquier prueba que refuerce este tipo de «creencias de seguridad», por frágil y absurda que pueda ser. Cualquier prueba que vaya en descrédito de una creencia de seguridad, por muy lógica y concluyente que pueda ser, es desechada. (De hecho, si las pruebas en contra de una creencia de seguridad son bastante fuertes, aquellos que las han aducido corren el serio peligro de sufrir violencia física.)

Por tanto, a la hora de sopesar los méritos de cualquier opinión muy extendida es muy importante tener en cuenta si puede ser considerada una creencia de seguridad. Si es así, entonces el hecho que esté tan extendida no tiene ningún valor, y hay que desconfiar de ella.

Desde luego, es posible que dicha opinión sea acertada.

Por ejemplo, los estadounidenses se sienten reconfortados por la idea que Estados Unidos es la nación más rica y poderosa del mundo. Pero es cierto que lo es, y esta creencia de seguridad en particular está justificada (para los estadounidenses).

No obstante, el Universo es un lugar verdaderamente muy poco seguro, y por lo general hay muchas más probabilidades que las creencias de seguridad sean falsas a que sean ciertas.

Por ejemplo, si se realizara una votación entre los fumadores más empedernidos de todo el mundo, lo más probable es que ésta mostrara que prácticamente todos ellos están firmemente convencidos que los argumentos que relacionan el tabaco con el cáncer de pulmón no son concluyentes. Este mismo resultado por abrumadora mayoría se repetiría de realizar la votación entre los miembros de las industrias tabaqueras. ¿Por qué no? La creencia contraria les haría sentirse demasiado inseguros desde el punto de vista médico o económico como para sentirse a gusto.

Y también, cuando era pequeño, recuerdo que los niños creíamos firmemente que si se nos caía un trozo de caramelo en medio de la increíble mugre de las calles de la ciudad sólo era necesario rozarlo con los labios y luego agitarlo hacia el cielo («besándolo para Dios») para que volviera a ser perfectamente inmaculado e higiénico. Lo creíamos a pesar de todos los reparos sobre los gérmenes, porque, de no haberlo creído, habríamos tenido que renunciar a comernos ese trozo de caramelo y ver cómo se lo comía algún otro que si creía en ello.

Naturalmente, cualquiera puede inventar las pruebas necesarias a favor de una creencia de seguridad. «Mi abuelo se estuvo fumando una cajetilla al día durante setenta años y cuando

se murió lo último que le fallaron fueron los pulmones.» O «Jerry besó un caramelo para Dios ayer y hoy ha ganado la carrera de cuarenta metros».

Si el abuelo se hubiera muerto de cáncer de pulmón a los treinta y seis años o si Jerry hubiera contraído el cólera, no habría ningún problema: se citarían otros ejemplos.

Pero no caigamos en los casos particulares. Les presento a continuación seis creencias de seguridad muy generales que, en mi opinión, cubren todo el campo; aunque invito al amable lector a añadir una séptima si se le ocurre alguna idea.

***Creencia de seguridad número 1: Existen fuerzas sobrenaturales a las que se puede inducir u obligar a proteger al género humano.***

Esta es la esencia de la superstición.

Cuando una sociedad primitiva de cazadores se encuentra con que en ocasiones hay caza de sobra y en otras ocasiones no es así, y cuando una sociedad agrícola primitiva observa que un año hay sequía y al siguiente una inundación, parece natural suponer —a falta de algo mejor— que alguna fuerza más que humana dispone las cosas de ese modo.

Como la naturaleza es caprichosa, parece natural que los diversos dioses, espíritus y demonios (como quieran llamarlos), sean también caprichosos. De una forma u otra han de ser inducidos u obligados a subordinar sus salvajes impulsos a las necesidades de la humanidad.

¿Quién dice que esto sea fácil? Es evidente que requiere de toda la habilidad de los hombres más sabios y experimentados de la sociedad. De esta forma se desarrolla una clase especializada de manipuladores de espíritus: una clase sacerdotal, utilizando el término en su sentido más amplio.

La manipulación de los espíritus puede ser llamada con toda justicia «magia». La palabra viene de *magi*, que era el nombre con que se conocía a la clase sacerdotal de la Persia zoroástrica.

La popularidad de esta creencia de seguridad es casi absoluta. Determinado personaje influyente de la ciencia ficción, que es muy dado a adoptar este tipo de creencias de seguridad para luego fingirse miembro de una minoría perseguida, me escribió en una ocasión: «Todas las sociedades han creído en la magia, excepto la nuestra. ¿Por qué hemos de ser tan arrogantes y pensar que todo el mundo estaba equivocado excepto nosotros?» Mi respuesta fue: «Todas las sociedades excepto la nuestra han creído que el Sol giraba alrededor de la Tierra. ¿Le gustaría resolver este asunto mediante el voto de la mayoría?» En realidad, la situación es aún peor de lo que afirma el mismo personaje influyente. Todas las sociedades, incluida la nuestra, creen en la magia. No estoy diciendo que esta creencia esté restringida a los ingenuos y a las personas sin educación. Los elementos más racionales

de nuestra sociedad, la gente bien educada, los científicos, siguen conservando restos de creencias mágicas.

Una herradura colgada encima de la mesa de Bohr (suponiendo que la historia sea verídica) es una salvaguarda mágica contra la desgracia, que opera gracias al poder del «hierro frío» sobre un mundo de espíritus que aún sigue en la edad del bronce. Cuando toco madera (o plástico) también yo me estoy dedicando a manipular a los espíritus.

¿Pero podemos afirmar, como hace el personaje influyente, que tiene que haber algo de cierto en la magia puesto que tanta gente cree en ella?

No, claro que no. Resulta demasiado tentador como para creérselo. ¿Puede haber algo más fácil que creer que es posible evitar el infortunio por el simple procedimiento de tocar madera? Si no es cierto, no se pierde nada. Si es cierto, se gana mucho. Verdaderamente hay que ser tan rígido como un pedazo de madera para no probar suerte.

Aun así, si la magia no da resultado, ¿no acabará la gente por reconocerlo y abandonarla? ¿Pero quién dice que no dé resultado? Claro que da resultado, a juicio de los que creen en ella.

Imaginemos que se toca madera y no ocurre ninguna desgracia. ¿Lo ven? Por supuesto, quizá fuera posible remontarse en el tiempo y no tocar madera y descubrir que de todas formas sigue sin ocurrir ninguna desgracia; pero ¿cómo se podría establecer un control de ese tipo?

O imaginemos que vemos un alfiler y lo recogemos durante diez días seguidos, y en nueve de esos diez días no ocurre gran cosa digna de mención, pero al décimo día se reciben buenas noticias por correo. Sólo se tarda un instante en recordar ese décimo día y olvidar los otros nueve, ¿y qué mejor prueba se puede desear, de todas formas?

O imaginemos que encendemos dos cigarrillos con una cerilla y tres minutos después nos caemos y nos rompemos la pierna. Sin duda, se puede aducir que, de haber encendido el tercer cigarrillo, nos habríamos roto el cuello y no la pierna.

¡Es imposible perder! ¡Si se quiere, es posible creer!

Ciertamente la magia puede dar resultados reales. Un equilibrista que camina sobre la cuerda floja después de haber frotado subrepticamente una pata de conejo por debajo del cinturón puede avanzar con gran confianza y realizar una actuación impecable. Un actor que salga al escenario inmediatamente después que alguien haya silbado en su camerino puede ponerse muy nervioso y actuar pésimamente. En otras palabras, aunque la magia no funcione, la creencia en la magia sí que funciona.

Entonces, ¿por qué los científicos niegan la utilidad de la magia? ¡No lo hacen! Les resultaría imposible. De todas formas, pocos de los que creen en ella aceptarían esta refutación, si es que hay alguno que la haga.

Lo que hacen los científicos es trabajar partiendo de la base que la creencia de seguridad número 1 es falsa. No tienen en cuenta ninguna fuerza caprichosa al analizar el Universo. Establecen un número mínimo de generalizaciones (equivocadamente llamadas «leyes naturales») y dan por sentado que nada que vaya contra estas leyes naturales puede ocurrir o ser provocado. A medida que se adquieren más conocimientos, puede resultar necesario modificar estas generalizaciones ocasionalmente, pero en ningún caso son caprichosas. Resulta bastante irónico que los científicos constituyan la nueva clase sacerdotal. Algunos creyentes en la seguridad ven en el científico al mago moderno. En la actualidad es el científico el que es capaz de manipular el Universo mediante misteriosos ritos que sólo él comprende con el propósito de garantizar la seguridad del hombre bajo cualquier circunstancia. En mi opinión, esta creencia tiene tan poca base como la precedente. De nuevo, es posible modificar una creencia de seguridad para darle un aire científico. De esta forma, donde antes había ángeles y espíritus que bajaban a la tierra para intervenir en nuestros asuntos y hacer justicia, ahora tenemos seres muy avanzados que descienden en sus platillos volantes con el mismo propósito (según afirman algunos). En realidad, creo que la popularidad de toda la mística del platillo volante se debe, en gran medida, a que los extraterrestres pueden considerarse sin ningún problema una nueva versión científica de los ángeles.

***Creencia de seguridad número 2: En realidad, la muerte no existe.***

Que nosotros sepamos, la especie humana es la única capaz de darse cuenta que la muerte es inevitable. Cada hombre y cada mujer sabe con toda seguridad que él o ella tiene que morir algún día, lo que no le ocurre a ninguna otra criatura.

Esta información resulta absolutamente demoledora, y uno no puede por menos que preguntarse en qué medida afecta este hecho a la conducta humana, haciéndola fundamentalmente distinta de la conducta de los demás animales.

O quizás afecta menos de lo que cabría esperar, dado que el hombre se niega tan resuelta y unánimemente a pensar en ello. ¿Cuántas personas viven como si esperaran continuar así eternamente? Me parece que casi todos nosotros.

Una manera relativamente sensata de negar la muerte es la de suponer que la verdadera entidad viviente es la familia, y que cada persona individual no muere realmente mientras la familia viva. Esta es una de las bases del culto a los antepasados, ya que el antepasado vive mientras algún descendiente suyo le rinda culto.

Desde este punto de vista, por supuesto, la falta de hijos (sobre todo hijos varones, ya que en la mayoría de las sociedades tribales las mujeres no cuentan) se consideraba un terrible desastre. Así ocurría en la primitiva sociedad israelita, por ejemplo, como nos cuenta la

Biblia. En ella se dictan normas muy precisas que obligaban a los hombres a tomar como esposas a las viudas de sus hermanos muertos sin descendencia, para que esas viudas tuvieran hijos que pudieran ser considerados descendientes del muerto.

El pecado de Onán (onanismo) no es el que seguramente ustedes creen que es, sino su negativa a hacerle este servicio a su hermano muerto (véase Génesis, 38, 7-10).

También goza de gran popularidad una negación más literal de la muerte. Casi todas las sociedades que conocemos alimentan alguna creencia en «la otra vida». Existe un lugar al que puede ir la parte inmortal de cada cuerpo humano. Esta sombra puede llevar una existencia gris y tenebrosa en un lugar como Hades o Sheol, pero vive.

En condiciones más imaginativas, la otra vida, o una parte de ésta, puede convertirse en un estado de bienaventuranza, mientras que la otra parte puede llegar a ser un continuo tormento. Así, es posible relacionar la idea de inmortalidad con la idea de castigo y recompensa. Aquí también se advierte cierta influencia de las creencias de seguridad, puesto que en las condiciones más extremas de miseria y pobreza, el sentimiento de seguridad aumenta al saber que una vez en el cielo se vivirá a cuerpo de rey, mientras ese tipo tan rico de allí se irá derecho al infierno, ja, ja, y bien merecido que se lo tiene.

De no creer en la otra vida en algún lugar más allá de la Tierra, también existe la posibilidad de otra vida en la misma Tierra si se cree en la reencarnación o en la trasmigración de las almas.

Aunque la reencarnación no es una de las creencias religiosas dominantes en el mundo occidental, su contenido de creencias de seguridad es tan alto que cualquier prueba en su favor se acepta de buen grado. Cuando en 1950 se publicó un libro bastante tonto titulado *The Search for Bridey Murphy* (*La búsqueda de Bridey Murphy*), que parecía indicar que la reencarnación existía realmente, se convirtió inmediatamente en un éxito de ventas. Por supuesto, carecía de todo fundamento.

Y, desde luego, toda la doctrina del espiritismo, toda esa serie de médium y de golpes en la mesa y ectoplasmas y fantasmas y poltergeists (fenómenos extraños) y un millón de cosas por el estilo están todas basadas en la terca insistencia del género humano por negar la realidad de la muerte; por afirmar que algo persiste, que la personalidad consciente es, en cierto modo, inmortal.

¿Sirve entonces para algo intentar desacreditar el espiritismo? Es imposible. Por muchos médium que resulten ser impostores, el fervoroso creyente creerá en el próximo médium que conozca. Puede llegar incluso más lejos. Puede denunciar la prueba del fraude como un fraude en sí mismo y continuar teniendo fe en el impostor, por muy evidente que sea la impostura.

La ciencia trabaja partiendo de la base que la creencia de seguridad número 2 también es falsa.

Pero los científicos también son humanos, y algunos de entre ellos (a diferencia de la ciencia como entidad abstracta) anhelan sentirse seguros. Sir Oliver J. Lodge, un científico de considerable reputación, deprimido por la muerte de uno de sus hijos en la Primera Guerra Mundial, intentó comunicarse con él mediante el espiritismo y se convirtió en un devoto de la «investigación psíquica».

Mi amigo el personaje influyente cita con frecuencia a Lodge y a otros como él como prueba del valor de la investigación psíquica. «Si usted cree en las observaciones de Lodge sobre el electrón, ¿por qué no cree en sus observaciones sobre los espíritus?»

La respuesta es, por supuesto, que Lodge no podía obtener ninguna seguridad de un electrón, pero sí de los espíritus... Y los científicos también son humanos.

### ***Creencia de seguridad número 3: El Universo tiene algún sentido.***

Después de todo, si se está dispuesto a creer en toda una serie de espíritus y demonios que rondan por el Universo, no es posible creer que tanta actividad no tenga ningún propósito. Los zoroástricos persas elaboraron una explicación del Universo deliciosamente complicada. Imaginaban que todo lo que existe participa en una guerra cósmica. *Ahura Mazda*, que dirigía a innumerables espíritus agrupados bajo las banderas de la luz y el bien, se enfrenta a un ejército igualmente poderoso a las órdenes de *Arimán*, el paladín de las Tinieblas y el Mal. Las fuerzas estaban muy equilibradas, y cada hombre podía tener la sensación que de él dependía alterar este equilibrio. Si se esforzaba por ser bueno estaba del «buen lado» en el conflicto más colosal que jamás se haya imaginado.

Algunas de estas ideas se infiltraron en el judaísmo y el cristianismo, y de ahí la historia de la guerra entre Dios y el Diablo. Pero en la versión judeocristiana no hay duda de quién será el vencedor. Dios tiene que vencer y vencerá.

Esto hace que el asunto sea menos emocionante.

La ciencia también da por sentado que esta creencia de seguridad es falsa. La ciencia no se limita a ignorar la posibilidad de una guerra cósmica en sus intentos por desentrañar los orígenes y el destino final del Universo; ignora también la posibilidad de la existencia de cualquier propósito deliberado.

Las generalizaciones más básicas de la ciencia (las leyes de la termodinámica, por ejemplo, o la teoría cuántica) suponen que las partículas se mueven al azar, que se producen colisiones al azar, que hay transferencias de energía al azar y así sucesivamente. Basándose en los cálculos de probabilidad, se puede suponer que, dado un gran número de partículas y un intervalo de tiempo lo bastante largo, existe una certeza razonable que se producirán

ciertos acontecimientos; pero cuando se trata de partículas individuales e intervalos cortos de tiempo, no es posible predecir nada.

Posiblemente sea ésta la opinión científica más impopular entre los no científicos. Hace que todo parezca «desprovisto de sentido».

¿Pero es así realmente? Resulta absolutamente necesario que todo el Universo o toda la vida tenga sentido. ¿No podríamos considerar que lo que parece no tener sentido en un contexto lo tenga en otro? ¿Que un libro escrito en chino que no tiene ningún sentido para mí sí que lo tiene para un chino? ¿Y no podríamos considerar que cada uno de nosotros puede organizar su propia vida de manera que esté llena de sentido para él y para aquellos sobre los que influye? Y en esa circunstancia, ¿acaso no tendrá sentido para él toda la vida y todo el Universo?

No cabe duda que son aquellos que no le encuentran ningún sentido esencial a sus vidas los que se esfuerzan por imponerle un sentido al Universo para compensar sus carencias personales.

***Creencia de seguridad número 4: Algunas personas tienen poderes especiales que les permiten conseguir algo a cambio de nada.***

«Si lo deseas, lo conseguirás», dice un verso de una conocida canción, y hay que ver la de gente que se lo cree.

Es mucho más fácil desear, esperar y rezar que molestarse en hacer algo.

Una vez escribí un libro en el que había un párrafo en el que describía los peligros de la explosión demográfica y hablaba de la necesidad del control de la natalidad. Un revisor que leyó el libro escribió al margen: «Yo diría que eso es problema de Dios, ¿no cree?»

Era tan fácil como quitarle un caramelo a un niño; sólo tuve que escribir debajo de su anotación: «Dios ayuda a quien se ayuda a sí mismo».

Pero consideren la popularidad de las historias en las que los personajes pueden formular tres deseos, o tienen la facultad de convertir en oro todo lo que tocan, o entran en posesión de una lanza que siempre da en el blanco, o de una piedra preciosa que pierde el color cuando hay algún peligro.

Imagínense que realmente tuviéramos poderes extraordinarios y no lo supiéramos, como, por ejemplo, la telepatía. ¡Qué ansiosos estamos de tenerla! (Todos hemos exclamado alguna vez ante alguna coincidencia: « ¡Telepatía! »)

Qué dispuestos estamos a creer en casos demostrados en otros lugares, ya que eso aumentaría nuestras posibilidades de adquirir ese mismo poder si practicamos lo bastante. Algunos de esos extraños poderes confieren la capacidad de adivinar el futuro: la clarividencia. O si no, es posible adquirir los conocimientos que permitirán calcular el futuro



mediante la astrología, la numerología, la quiromancia, las hojas de té y otros mil viejos trucos.

Aquí nos acercamos a la creencia de seguridad número 1. Si podemos predecir el futuro, tenemos la posibilidad de cambiarlo actuando de la manera adecuada, y esto equivale casi a manipular a los espíritus.

En cierto modo, la ciencia ha hecho realidad los cuentos de hadas. El avión a reacción va mucho más lejos y más deprisa que el caballo alado y las botas de siete leguas de los autores de las fábulas de antaño. Tenemos cohetes que van directos a su objetivo, como el martillo de Thor, y mucho más dañinos. No tenemos piedras preciosas, pero sí placas que pierden el color en presencia de una cantidad demasiado grande de radiación acumulada. Pero estos aparatos no dan «algo por nada». No son concedidos por mediación sobrenatural y no se portan de manera caprichosa. Son el producto del esfuerzo realizado a partir de las generalizaciones relativas al Universo establecidas por una ciencia que rechaza la mayor parte, si no todas, de las creencias de seguridad.

### ***Creencia de seguridad número 5: Yo soy mejor que mi vecino.***

Se trata de una creencia muy tentadora, pero a menudo peligrosa. Si se lo dices a ese boxeador grandullón que tienes delante, es posible que te rompa el cuello. Así que busquemos una manera de sustituirla: nuestro padre es mejor que el suyo, nuestra universidad es mejor que la suya, nuestro acento es mejor que el suyo, nuestro grupo cultural es mejor que el suyo.

Como es natural, esta creencia se confunde con el racismo, y no es en absoluto sorprendente que cuanto más baja es la posición social, económica o personal de una persona, más probable es que sea víctima de la tentación racista.

No es de extrañar que hasta los científicos, considerados individualmente, tengan problemas con esta creencia.

Pueden racionalizarla y decir que, sin duda, tiene que ser posible dividir al género humano en categorías, de la manera que algunas categorías sean superiores a otras en ciertos aspectos. Algunos grupos son más altos que otros, por ejemplo, debido a la dotación genética. ¿No sería posible que algunos grupos fueran, por nacimiento y naturaleza, más inteligentes o más honrados que otros?

Cierto premio Nóbel solicitó hace algún tiempo que los científicos dejaran de darle largas al asunto, y que se esforzaran por determinar si los habitantes de los barrios bajos (traducción al inglés: negros) eran o no realmente «inferiores» a los no habitantes en los barrios bajos, y si por tanto eran inútiles los esfuerzos por ayudarlos.

Cierto periódico me pidió que escribiera un artículo dando mi opinión sobre el tema, pero les dije que consideraba mejor advertirles cuál iba a ser mi opinión, para ahorrarme la molestia de escribir un artículo que no iban a publicar.

Dije que, en primer lugar, era muy probable que aquellos que defendían con más entusiasmo este tipo de investigación tuvieran plena confianza en que los haremos que ellos mismos habían establecido, probaran sin lugar a dudas, que los habitantes de los barrios bajos eran «inferiores». De esta forma, los seres superiores que no vivían en los barrios bajos se verían libres de toda responsabilidad hacia los habitantes de los barrios bajos y de cualquier sentimiento de culpa que pudieran albergar.

Si estaba equivocado, proseguí, entonces me parecía que los investigadores deberían de estar tan ansiosos por encontrar una minoría superior como una inferior. Por ejemplo, tenía serias sospechas que, según los criterios de valoración predominantes en nuestra sociedad, resultara que los unitarios y los episcopalitas tienen un coeficiente de inteligencia medio más alto y un historial de rendimiento superior al de otros grupos religiosos.

Si esto resultaba ser cierto, yo proponía que los unitarios y los episcopalitas llevaran alguna insignia distintiva, se les hiciera pasar a la parte delantera del autobús, se les dieran las mejores localidades de los teatros, se les permitiera utilizar los aseos más limpios y así sucesivamente.

Así que los del periódico dijeron: « ¡Olvídelo!» Y es mejor así. Nadie quiere buscar a personas superiores a uno mismo; sólo a inferiores.

### ***Creencia de seguridad número 6: Si algo va mal, no es culpa mía.***

Casi todo el mundo sufre una ligera paranoia. Con un poco de práctica, esto puede llevarnos fácilmente a aceptar alguna de las teorías de conspiraciones que nos ofrece la historia.

Qué consolador resulta saber que si nos van mal los negocios es por culpa de las prácticas criminales y poco honradas del búlgaro que es el dueño de la tienda de la esquina; si nos duele algo, es a causa de la conspiración de los médicos nigerianos que nos tienen rodeados; si tropezamos cuando nos damos la vuelta para mirar a una chica, ha sido algún maldito cingalés el que ha puesto ahí esa grieta en la acera.

Y es en esto en lo que, por fin, los científicos resultan ser más vulnerables, porque esta creencia de seguridad puede volverse contra ellos por haberse opuesto a todas las creencias de seguridad en general.

Cuando los creyentes se sienten irritados ante la refutación de alguna de las locuras y mistificaciones en las que creen, ¿cuál es su último y mejor argumento? Pues que existe una conspiración de científicos contra ellos.

Yo mismo recibo constantes acusaciones de participar en una conspiración de esta clase. Por ejemplo, en el correo de hoy he recibido una carta escrita en un tono sumamente violento e indignado, de la que sólo citaré un par de frases de entre las más benignas:

«No sólo nos toman el pelo los políticos... sino que ahora esas tácticas también se han extendido a la ciencia.

Si tiene la intención de engañar al prójimo con algún propósito, espero que con esto se dé por enterado que no lo ha conseguido ni en un uno por ciento.»

Leí toda la carta atentamente, y, al parecer, mi corresponsal había leído algún artículo de una revista en el que se refutaba alguna de sus creencias más queridas. Por tanto, inmediatamente se sintió seguro, no que él pudiera estar equivocado, sino que había una conspiración de científicos a las órdenes de la NASA, cuya misión consistía en mentirle. Lo malo es que se refería a un artículo que no había sido escrito por mí, y yo no sabía de qué demonios me estaba hablando.

Sin embargo, estoy totalmente seguro que las fuerzas de la razón se alzarán triunfantes a pesar de los violentos ataques de los creyentes en la seguridad y a pesar de cualquier cosa. (¡Toco plástico!)

### **Nota**

He perdido la cuenta de los artículos que he escrito en los que dirigía mis sarcasmos contra las irrationalidades que tanta influencia tienen sobre la mayoría de la gente.

Tengo la suerte de vivir en una sociedad en la que se considera de mal gusto castigar con la tortura y la ejecución el crimen de decir la verdad; si no, tendría graves problemas.

Por lo general, incluso en nuestra permisiva sociedad, acostumbro a moderar un poco el tono a causa de mi natural deseo de evitar que la gente se excite demasiado y de no recibir demasiadas cartas llenas de injurias obscenas.

Pero al escribir esta serie de artículos estoy convencido que me dirijo a un público especialmente comprensivo que me permitirá expresar mi opinión sin echar espuma por la boca, aunque no estén de acuerdo conmigo.

Eso es lo que me permite escribir artículos como el anterior, lo cual obra milagros en mi equilibrio psicológico y me ayuda a seguir siendo una persona risueña y alegre.